

**MUERTE O DECADENCIA** Todo lo que se quiere hacer notar aludiendo a la lealtad, la integridad moral, la severidad en el cumplimiento de los deberes, el espíritu de sacrificio ante el amigo o ante los ideales propios o comunes, la probidad desinteresada, la belleza de las ausencias bien guardadas y del gesto que disculpa o justifica cuando disculpar o justificar al ausente son cosas ingratas o acaso perjudiciales; todo esto se compendia en la palabra hidalguía, cuyo uso ha ido decreciendo significativamente en los últimos decenios. El filólogo que se tomara el trabajo de comprobarlo prestaría a la Historia un servicio eminente. Porque no hay mejor manera de apreciar los verdaderos cambios históricos que haciendo estas calicatas, en que los hallazgos son seguros y explican los fenómenos sociales y políticos más epidérmicos y patentes: los que todo hombre aprecia, porque afectan directamente a su vida.

Ello es que a fines del siglo pasado y principios del presente la palabra hidalguía daba mucho juego en los discursos parlamentarios y en los artículos periodísticos. El lector tendrá la bondad de admitir este aserto, aunque no lo ilustre con cita alguna. La apelación a la hidalguía era un resorte entre dramático y retórico, generalmente de gran efecto. Su utilización no excluía, naturalmente, los efectos cómicos cuando cierta teatralidad, hoy ahuyentada por un nuevo estilo de hablar y razonar, ponía su acento de gravedad y énfasis, innecesarios en cosas triviales o no precisamente graves.

Invocar la hidalguía en una discusión era como castigar al caballo desbocado hasta hacerle detenerse, o ponerle en sosiego con la brida cuando piafa demasiado impaciente. Prueba cierta del peso que todavía tenía la conducta y del respeto que merecía la moral.

Habría que seguir las huellas de las palabras hidalgo e hidalguía para descubrir el cadáver de una manera de comportarse, de un tipo social que, como vamos a ver, es una creación española. Y si no se acepta esta actitud pesimista que da por supuesta la muerte del hidalgo y la desaparición de la hidalguía, acéptese al menos la que proclama su decadencia. El hidalgo es una planta que no florece sino raramente; la hidalguía es una extraña flor.

Añadamos que su fragancia es perdurable. Ya se le suponga muerto y enterrado, o todavía vivo en algún ejemplar que encarne las observancias que le definen, el hidalgo ha dejado o deja una estela de buen olor a su paso por el mundo. A quien no reniega de lo que tiene de cristiana nuestra civilización le es grato advertir la presencia del ejemplar humano que tantas cosas nobles envuelve en su estilo de vida. O, siquiera, comprobar lo que fué y lo que en él puede haber de alentador para el hombre de hoy, para los que vivimos en un mundo que—Alfredo Weber *dixit*—“se nos presenta como caótico en toda su extensión”.

**CREACION ESPANOLA** En el libro donde se ha estudiado al hidalgo de un modo más riguroso y diamantino (*El hidalgo y el honor*, por A. G. Valdecasas) se nos ha mostrado con nitidez no sólo lo que esa voz significa, con todo su rico contenido moral, sino cómo este tipo histórico, este tipo humano ejemplar lo ha producido España, es una creación española que alcanzó la plenitud de su expresión en los siglos XVI y XVII y puede tener una versión actual que sea a la vez fiel al pasado y verdad viva para el porvenir.

Los dos tipos humanos hoy más universalmente representativos son el burgués y el proletario, y los dos se determinan y definen por su nivel económico; por lo cual, aunque parecen opuestos, tienen no poco de común.

Ya antes de estas observaciones otro escritor español, Eugenio Montes, notaba: “Llamo burgués a todo aquel que se contenta con las apariencias externas, materiales y físicas del orden, sin que le duela la ausencia de un verdadero orden metafísico y espiritual”. Por eso pensaba que burguesía y anarquía no eran términos esencialmente opuestos, sino esencialmente complementarios. Nacidos de la sola situación material, teniendo por raíz única su relación con el dinero, los frutos que han dado a la sociedad y a la vida modernas es natural que sean idénticos. Aun mejor: ambos han producido un solo fruto: el desorden.

**POR LA VIRTUD, AL MANDO** En cambio, hidalgo—“hijo dalgo”—equivale a hijo de bien, porque ese “algo”, dicen las Partidas, “quiere tanto decir en lenguaje de España como bien; por eso los llamaron fijosdalgo, que muestra tanto como fijos de bien”.

Aparece aquí la más hermosa configuración que nunca se ha dado de un tipo social, de una jerarquía, de una clase para el mando y el gobierno de los hombres. No se dividen éstos por su poder o falta de poder económico, sino por algo infinitamente más elevado y noble: por sus obras. El “algo”, esto es, el bien, puede ser heredado, pero la ascendencia, más que nobleza, arguye obligación de ser noble, pues nobleza es virtud y la virtud se prueba con las obras, las cuales, por cierto, consisten en la acción esforzada y no en el éxito.

# ESTILO DE ESPAÑA

## LA HIDALGUÍA Y LOS HIDALGOS

POR

J. L. VAZQUEZ DODERO

Si el hidalgo ha recibido ya de sus antepasados la hidalguía, ha de conservarla, porque lo que hereda no sólo implica una posición y unos derechos, sino sobre todo unos deberes y un ejemplo que ha de seguir. Más que nada, son las cargas las que definen al hidalgo, al noble en general, como heredero.

En unos escritos hasta ahora inéditos, que aparecen justamente estos días, el clásico Juan de Avila expresa esta idea, dándole un altísimo fundamento teológico. “Y pues al hijo de Dios fué dado el señorío para que con sus trabajos beneficiase a sus súbditos, temeridad sería pensar que lo da Dios a quien quiera que sea si no con esta carga de aprovecharles, como padre a hijos, aunque le cuesten muchos trabajos y la misma vida.” (*Advertencias necesarias para los Reyes*: “Miscelánea Comillas”, XIII, 63.)

Dice un refrán castellano: “Virtudes hacen linaje y vicios lo deshacen”.

¿Pero les bastará a la hidalguía y la nobleza la moral externa del parecer y las apariencias, o necesitan, por el contrario, las virtudes cardinales y las teologales de los cristianos?

En una de sus más prodigiosas oraciones fúnebres, la consagrada a la Princesa Ana de Gonzaga de Clèves, el gran Bossuet decía: “En sus deplorables errores, la Princesa palatina tenía las virtudes que admira el mundo y que hacen se admire a sí misma el alma seducida: inquebrantable en sus amistades e incapaz de faltar a los deberes humanos”.

Por vivir el hidalgo en siglos de fe viva y ser espiritualmente oriundo de la Edad Media, sus obras, su “algo”, su “bien”, no son conceptos secularizados o puramente mundanos, como pudieron serlo las virtudes que menciona Bossuet, sino práctica y plenamente cristianas.

El señorío que justifica el Beato Avila en las líneas antes transcritas no puede realizarse si no se concibe la superioridad social de la hidalguía como ordenada a un servicio al prójimo, para el cual son necesarias, además de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, las virtudes teologales, y sobre todo la caridad.

Vicente Espinel, cuyo centenario conmemoramos este año, nace en su *Marcos de Obregón* (Descanso 7.º) una de aquellas enumeraciones, tan frecuentes en nuestra gran literatura, donde se resume la formación moral que se ha de dar al hidalgo: “Hánsele de enseñar con las letras juntamente virtudes, que refieran aquéllas del origen que trae la antigüedad de sus pasados, humildad con valor y estimación sin desvanecimiento, cortesía con el superior, amistad con el igual, llaneza y bondad con el inferior, grandeza de ánimo para las cosas arduas y difíciles de cometer, desprecio voluntario de las que no puedan aumentar sus merecimientos”.

**LA LECCION DESAPROVECHADA** Nos queda el hidalgo como figura ejemplar, y debiéramos soplar sobre sus rescoldos con la esperanza de que renaciera.

El mundo padece un atroz extravío. Las virtudes del hidalgo han sido sustituidas por un hambre incomparable de riquezas y por una sed de gozar, que si en el orden teológico se llaman pecado, en el social y político equivalen a anarquía, a caos, aun cuando se guarden las apariencias del orden.

Ya hemos visto cómo proletario y burgués tienen una común raíz de nivel económico, que es una de las causas de la situación presente. Las críticas de Nietzsche a la burguesía utilitaria y sin sentido moral son admisibles, sobre todo si a esa clase tratáramos de sustituirla por la que encarnase los ideales de sacrificio y abnegación representados en el hidalgo.

La restauración del sentido de hidalguía equivaldría al triunfo del ideal de superioridad y nobleza que alienta en todo hombre estimable. Pero este ideal no es una egolatría, sino algo que espolea y afianza la solidaridad humana, y por tanto la humildad, la resignación y el amor a los débiles. De este modo se hermanan distinción y virtud en una doctrina que es en el mismo grado aristocrática y fraterna.

Cuando Goethe decía: “Vivir a gusto es de plebeyos; el noble aspira a ordenación y a ley”, formulaba un ideal español del cual tiene todavía el mundo mucho que aprender.

